

TEMAS Y OBJETIVOS DE LA TERCERA ASAMBLEA ECUMÉNICA EUROPEA *

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

Se me ha pedido que os hable hoy de los temas y de los objetivos de la Tercera Asamblea Ecu­mé­ni­ca Euro­pea, y es lo que voy a hacer. Pero quisiera comenzar constatando una cosa que ya sabéis. Es un fragmento del profeta Isaías que os es bien conocido: “reparad en la peña de donde fuistéis tallados, y en la cavidad de pozo de donde fuisteis excavados” (Is 51, 1). Cito este pasaje porque me recuerda mi formación, y los dones preciosos con el que he sido alimentado: padres cristianos convencidos, la familia, la oración, la educación en las cosas buenas de la vida, el amor de Dios hecho presente para nosotros en Jesucristo, la devoción y el testimonio de Él en el seno de una comunidad donde eramos aceptados, respetados y amados. Estas son las cosas de las que me alimenté cuando era un niño y un muchacho, e imagino que la mayor parte de vosotros aquí presentes hoy habéis experimentado las mismas cosas. Esto me da la posibilidad de asegurar que lo que nos une como pueblo cristiano es más importante que lo que nos divide, y este es el motivo por el que me siento tan reconfortado por lo que nos enseña el Concilio Vaticano II acerca de la unidad de los cristianos. Por ejemplo, “todos los que han

* Traducción de la lengua italiana al español de la Prof. Dra. Rosa Herrera García. Revisión técnica y teológica del Prof. Dr. Fernando Rodríguez Garrapucho.

sido justificados por la fe en el bautismo, quedan incorporados a Cristo y, por tanto, reciben el nombre de cristianos con todo derecho y justamente son reconocidos como hermanos en el Señor por los hijos de la Iglesia católica” (UR 3). En otras palabras, somos hermanos y hermanas en Cristo. Recuerdo también que lo que nosotros afirmamos como cristianos es mucho más importante que lo que negamos unos de otros.

Uno de los teólogos más autorizados que ha allanado el camino al Concilio Vaticano II, el francés Henri de Lubac, dijo en 1938: “haber aprendido el catecismo contra alguno es una gran desgracia, porque es preocupante que en caso semejante se ha aprendido sólo la mitad”. El Concilio se ha basado en esta visión al decir: “todo lo que obra el Espíritu Santo en los corazones de los hermanos separados puede conducir también a nuestra edificación. Lo que de verdad es cristiano no puede oponerse en forma alguna a los auténticos bienes de la fe, antes al contrario, siempre puede hacer que se alcance más perfectamente el misterio mismo de Cristo y de la Iglesia” (UR 4).

Estar abiertos y receptivos al espíritu significa en parte estar más abiertos y receptivos uno a otro. Comenzaré por tanto con una afirmación de esperanza y de espera. Estamos en camino hacia la plena unidad cristiana. El camino quizá será largo. Quizá será difícil, pero no podemos volvernos atrás. El ecumenismo es como un camino sin salida y por tanto deberíamos ser felices y gozar. Deberemos también darnos cuenta del hecho de que el ecumenismo no mira sólo a los obstáculos a superar, aunque esto sea importante. Mira también los dones a compartir. Puedo afirmar con toda sinceridad después de casi cincuenta años de sacerdocio que he aprendido muchísimo y he sacado muchísimo beneficio de mis hermanos y hermanas cristianos que he encontrado a lo largo de mi viaje.

Por tanto no debemos desanimarnos por lo que nos separa. Quisiera pasar a los temas y a los objetivos de nuestra Asamblea ecuménica. Los tres enemigos del ecumenismo son los siguientes: la sospecha, la apatía, la impaciencia. Y a mi me parece que los objetivos y las metas de nuestra asamblea son disminuir y erradicar la sospecha de uno hacia otro; compartir lo que podamos hacer en nuestros propios países, en nuestros contextos; promover y desarrollar nuestro esfuerzo

ecuménico, y finalmente, favorecer una atmósfera de esperanza, de perseverancia en nuestra peregrinación ecuménica en Europa.

El primer objetivo es, por tanto, superar la sospecha, encontrándonos y orando juntos. ¡Qué hermoso es ser amigos unos de otros! Recuerdo siempre cuando era rector de un seminario aquí en Roma, e invité a un conocido ministro de una Iglesia no-conformista, llamado Norman Goodall, a quedarse en el Colegio. Venía de muchos meses de enseñanza en la Universidad Gregoriana. Pero para mí el don más grande ha sido nuestra amistad. Hemos reído juntos, caminado juntos, orado juntos, nos hemos divertido en compañía uno del otro, y cuando marchó, escribió en un libro de memorias de su tiempo pasado allí: “con mis amigos católicos, siento haber encontrado que también sobre cuestiones donde desde el punto de vista doctrinal y eclesiológico era necesario decir ‘no puedo aceptar esto’, sabía sin sombra de duda que en la profundidad espiritual más vasta, pertenecemos uno al otro en la certeza de que estamos en peregrinación juntos y con el Señor, que nos está llevando a una comprensión del término *una, santa Iglesia católica y apostólica* más plena de lo que ninguno de nosotros había visto o experimentado nunca”. Fue un hombre fantástico y fue un privilegio para mí, muchos años más tarde, visitarlo y orar con él algunos días antes de su muerte. La sospecha, pues, disminuye cuando nos conocemos mejor, nos respetamos y oramos juntos. Habrá muchas ocasiones para hacer esto justamente durante los próximos dos años, y espero que cuando nos encontremos finalmente en Sibiu habrá una explosión de amistad, de celebración juntos, en modo particular de oración juntos, que no iluminará sólo nuestra vida de cristianos, sino más allá de nosotros, encontrará un eco en los países de los que procedemos. Nuestro primer objetivo es, por tanto, el de constituir y alimentar una *consolidación* de nuestra amistad cristiana, como fruto de nuestro encontrarnos, celebrar y orar juntos. Jesús ha dicho: “Donde dos o tres están unidos en mi nombre allí estoy yo en medio de ellos”. Es el Espíritu de Jesús lo que nos permite *querer* la unidad, *orar* por la unidad y *trabajar* por la unidad. Me agradan mucho las palabras del documento sobre el Ecuemenismo del Concilio Vaticano II: “El verdadero ecumenismo no puede darse sin la conversión interior. En efecto, los deseos de la unidad surgen y maduran de la renovación del

alma, de la abnegación de sí mismo y de la efusión generosa de la caridad” (UR 7). Ésta es la ferviente llamada de Jesucristo que quiere que nosotros pongamos en práctica, su oración ‘que todos sean uno’.

El segundo enemigo a vencer por el ecumenismo es la apatía. Me acuerdo de que hace muchos años hubo un sondeo en mi diócesis en el que preguntaba a los católicos cuáles eran sus prioridades. Muchos respondieron que el Ecumenismo era una prioridad pero que, sobre todo, no era necesariamente una prioridad que ponían en práctica. Creo que para nosotros, los cristianos, no obstante no podemos hacer todo juntos, existen algunas cosas en el ámbito de cada país, de cada parroquia, de cada ciudad, que los cristianos podrían y deberían hacer juntos. A veces hablamos de nuestros grandes objetivos y nuestras amplias perspectivas, pero mi punto de vista es que deberían ser objetivos de alcance más reducido, que hay que llevar a la práctica hasta el fondo. A largo plazo, son mejor que decir que haremos y todo y luego no hacer nada. Quiero contaros la historia de los cuatro sastres polacos. Vivían todos en el mismo pueblo, en la misma calle. Eran tiempos duros, de modo que uno de ellos decidió poner un letrero en la ventana de su casa; decía: “Aquí vive el mejor sastre de la región”. El segundo sastre, al pasar, vio lo que había escrito el primero, y puso un cartel en su ventana con su escrito: “He aquí el sastre mejor de toda Polonia”. El tercer sastre, al ver los dos letreros, puso en la ventana, “He aquí el mejor sastre del mundo entero”. Llegó el cuarto sastre. Ve el primero, después el segundo, después el tercer escrito, y puso en la ventana un letrero con su escrito: “He aquí el mejor sastre de esta calle”. Estoy seguro que habéis comprendido la moraleja de la fábula. El ecumenismo no mira necesariamente los grandes acontecimientos, sino los pequeños actos, en casa, en la parroquia, en la región, y en las ciudades. Y es ahí donde el Espíritu Santo obra los milagros de su gracia.

Otro objetivo, pues, de nuestra Asamblea ecuménica es construir lo que yo llamo una espiritualidad ecuménica verdadera y eficaz. Significa escuchar y abrirse a los dones del Espíritu Santo, que habla a través de diversas formas de religiosidad; significa estar dispuestos a repensar y convertirse y llevar el “ser otro” del otro; lo que requiere tolerancia, paciencia, respeto y una buena voluntad y amor que no se vanagloria sino que goza con la verdad. Cuando los cristianos

actúan juntos hay una comprensión ecuménica más profunda que nos permite respetarnos y confiar uno en otro, no sólo con la mente sino también con el corazón. Toda la espiritualidad ecuménica será necesariamente una espiritualidad bíblica y puede quedar expresada en una lectura y en un estudio común de la Biblia, que para todos los cristianos es el testimonio común fundamental de la salvación que Dios ha cumplido en la historia de Jesucristo. Una espiritualidad bíblica busca constantemente el rostro de Cristo y el movimiento ecuménico significa un nuevo inicio a partir de Cristo. Esto porque nuestra unidad, nuestra *communio* que es verdadera, es en Él, Jesucristo nuestro Salvador, el Hijo de Dios. Me parece pues que el segundo objetivo de nuestra Asamblea es sostener y animar no sólo a los que participan en ella, sino también a través de ellos, en todos nuestros países en Europa, una espiritualidad ecuménica que se cultive en la oración, en grupos y encuentros ecuménicos, y en el pequeño pero real testimonio que podemos dar juntos del Reino de Dios. Nuestro encuentro, espero, nos dará una oportunidad de compartir juntos algunos de los modos en los que todo esto puede ser alimentado en los países de Europa en los tiempos futuros.

El enemigo final del ecumenismo es la impaciencia. Existe actualmente en Europa un cierto desánimo, porque algunas de las expectativas del movimiento ecuménico, ya manifiestas hace cincuenta años, no han tenido lugar. Existe un impulso que dice que estaría bien apartar todos los obstáculos y las dificultades que todavía encontramos en nuestro camino. Pero esto significaría ignorar el hecho de que nuestra peregrinación ecuménica es en sí misma una profunda profundización y una formación en la comprensión del misterio de Cristo y de su Iglesia. El diálogo ecuménico no significa abandonar la propia identidad a favor de un acuerdo ecuménico de compromiso. Es una gran equivocación ver el ecumenismo como promotor de un relativismo doctrinal. El objetivo no es encontrar el mínimo común denominador.

El ecumenismo mira no al empobrecimiento espiritual, sino a un enriquecimiento recíproco. En el diálogo ecuménico descubrimos la verdad del otro como la propia verdad. Así mediante el diálogo ecuménico el Espíritu nos lleva a toda la verdad entera. Él sana las heridas de nuestras divisiones, y nos dota de plena catolicidad. Esto significa que el camino, naturalmente, será largo pero muy fructífero. El ecumenismo

no es necesariamente la conversión a una o a otra parte, sino la conversión de todos a la verdad plena de Jesucristo. He ahí por qué no existe ecumenismo sin conversión y renovación de las Iglesias de cada uno, y tal conversión es un proceso continuo y largo.

El tercer objetivo de nuestros encuentros y de la Asamblea ecuménica es, pues, generar una renovada esperanza y entusiasmo por el camino ecuménico. Recuerdo cuando el Papa Juan Pablo vino a Gran Bretaña hace más de veinte años, y el efecto profundo que tuvo. Recuerdo bien al Papa y al Arzobispo de Cantorbery, en Cantorbery, y el Papa que decía: “el amor crece a través de la verdad y la verdad se nos acerca a través del amor. Recordando esto elevo al Señor esta oración, *oh Cristo, que todo lo que pertenece al encuentro de hoy pueda nacer del espíritu de verdad y pueda ser fecundo por medio del amor. Mira delante de nosotros el pasado y el futuro; mira ante nosotros el deseo de tantos corazones. Tú, que eres el Señor de la historia y el Señor de los corazones humanos, quédate con nosotros. Jesucristo, Hijo eterno de Dios, quédate con nosotros. Amén.* Esta debería ser nuestra esperanza y nuestra expectativa al prepararnos para esta Asamblea ecuménica. Debería sernos de ayuda, sobre todo, en el crecimiento en amistad y comprensión por medio de la oración, por medio del deseo de unidad, y por medio de nuestro encuentro. Debería también permitirnos generar nuevos modos de dar testimonio común de Jesús, Nuestro Señor. Nos ayudarán en nuestras casas, pueblos y países y ciudades a actuar más juntos como creyentes y seguidores de Jesucristo, que es la Esperanza del mundo. Y finalmente, renovará nuestro valor y nuestra esperanza, y también nuestra paciencia que, como dijo un gran escritor, “es la hermana menor de la esperanza”. Ruego para que nuestra Asamblea pueda ser fecunda, y un impulso en nuestra peregrinación para realizar la oración del Señor, “Que todos sean uno, como tú Padre en mí y yo en ti, para que el mundo crea que tú me has enviado” (Jn 17).

Cardenal CORMAC MURPHY-O’CONNOR
Arzobispo de Westminster
Enero 2006